

Identidad de la UBA y marcas de la historia en el presente

Mesa de discusión

9 de noviembre de 2005

Patricia Funes, Ariel Gordon, Alberto Kornblihtt

Coordinador: Francisco Naishtat

Francisco Naishtat: Muchas gracias por estar aquí. Vamos a desarrollar la mesa en base a preguntas, para retomar luego el núcleo de cada uno de los temas. Pensando en este título, Identidad de la UBA y marcas de la historia en el presente, ahora se habla mucho del *shaping identity*, de moldear, de construir la identidad de las instituciones por las instituciones mismas. Hay quienes sostienen que estaríamos en una etapa de la historia universitaria en la cual las Universidades pueden, de alguna manera formar, moldear, su propia identidad, liberándose, hasta cierto punto, de la carga de las tradiciones, cuando estas últimas se vuelven demasiado limitadoras en relación a las posibilidades y necesidades que plantea el momento actual. Una primera pregunta es qué posición tienen ustedes en relación a esta operación de moldear la identidad de la Universidad, en su relación con las tradiciones. Cómo se establece la articulación entre tradiciones, por una parte – lo pongo en plural a propósito, porque creo que la UBA es partícipe de muchas tradiciones diferentes – y por otra parte esta suerte de creatividad institucional, requerida por los tiempos presentes en que las instituciones públicas se ven envueltas en dinámicas de cambio. La idea, inclusive, de dejar lugar a los propios actores, la posibilidad de definir nuevas identidades para la institución. Sería *shaping identities* y tradiciones.

Patricia Funes: Yo creo que el problema de las identidades es un tema un poco espinoso, porque uno puede caer en ciertos esencialismos inmanentes o en la idea de que todo se construye voluntariamente aunque ahistóricamente. Es evidente que hay un *boom* memorialista en la Argentina, y en realidad en todas partes, es mundial. Hay una idea de museificación casi exacerbada, de querer aprehender el tiempo pasado, de

reflexionar y en cierto sentido fijar pertenencias, lealtades, reconocimientos mutuos. Eso tiene que ver, a mi juicio, con la ruptura de las identidades más estables y territorializadas. ¿Qué pasa en la Universidad? A mí me llamó la atención una resolución del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, del 31 de agosto de este año. Hace dos meses. La Resolución dice: “La Universidad resuelve adoptar como sello mayor de la Universidad de Buenos Aires el que fuera diseñado en agosto de 1921, por pedido de las autoridades de entonces, al profesor Ernesto De La Cárcova, y con el correr del tiempo ha ido sufriendo diversas transformaciones, tanto por la alteración de sus formas como por la aplicación de los sombreados”. Y sigue la Resolución del Consejo Superior: “Es necesario promover y fortalecer el uso de símbolos uniformes que identifiquen adecuadamente a esta Universidad, otorgándole una imagen institucional y coherente”. Esto, hace dos meses. Qué raro, ¿no? Porque en realidad el sello de la Universidad es un sello que se usa desde hace muchos años. Y es cierto que ahora algunos tienen más sombreado, pero ahora la Universidad decide, se reúne el Consejo Superior y resuelve que ese es el sello. Lo cual nos viene bastante bien para esta charla. Incluso esta convocatoria sobre el tema de identidades, también está hablando de ciertas inquietudes respecto a una institución compleja, contradictoria, en donde abrevan muchas y diversas tradiciones y, sobre esa base de heterogeneidad, una dinámica de reformulaciones de valores y aspiraciones que por su puesto excede “lo universitario” pero que lo refleja. A mí me gustaría plantear esto para retomarlo después: la falta de tradiciones y de autoreconocimiento y autorreflexión de la historia de los ciudadanos de la Universidad de Buenos Aires.

Alberto Kombliht: Voy a empezar comentando esta Resolución. Para mí lo notable, que revela la identidad de la UBA, es que haga falta una Resolución del Consejo Superior para uniformar el sello. Porque el objetivo de uniformar el sello puede ser atendible, pero es llamativo que las más mínimas decisiones de orden administrativo, que no tendrían que ser ni siquiera discutidas por un Consejo, tengan que ser tomadas por este. Esto refleja uno de los aspectos de la identidad de la UBA, que tiene que ver con

su carácter heredero de las tradiciones de la Reforma del 18, donde por reacción al autoritarismo se cae en la falta de ejecutividad.

Yo creo que la Universidad de Buenos Aires tiene varias identidades, las cuales tienen que ver con los modelos de Universidad. Cada una de esas identidades coexiste y es vista por los distintos actores como si fuera la única o la preponderante. El modelo profesionalista, el modelo de Universidad meramente transmisora de conocimiento o enseñadero, y el modelo generador de conocimiento, que tiene que ver con la investigación científica y tecnológica original. Y coexisten las tres identidades, los tres modelos. Y yo no sé siquiera si pujan. Porque sería a mi entender ridículo que la Universidad no tuviera un sector para la formación profesional. Pero por otra parte tampoco puede ser que la Universidad tenga una infraestructura tan precaria para sostener la generación de conocimiento. Por lo tanto, esas tres identidades coexisten, pujan, se pelean, a veces se transforman. Tal vez haya más, yo no soy experto en las ciencias sociales, ni humanidades. Probablemente la meramente transmisora del conocimiento sea la peor de todas, porque la Universidad no puede erigirse como entidad para transmitir un conocimiento que no sea alimentado por la generación del conocimiento en sus propios claustros. Por lo tanto, si nosotros relegáramos, si la sociedad viera a la Universidad de Buenos Aires como una escuela terciaria donde se transmiten conocimientos establecidos en los libros, y no como un lugar donde se generan conocimientos que posibilitan a los actores la transmisión del trabajo de la generación, entonces estaríamos equivocándonos. El modelo profesionalista en alguna medida debe existir. El modelo generador de conocimiento debe, a mi entender, abundar, pero el que no debe permitirse como única identidad es el enseñadero, el modelo que consiste solamente en transmitir conocimiento acuñado por otros generadores de conocimiento.

Dentro de la UBA hay dos elementos que también marcan su identidad. Una es que es una universidad masiva, y esto se ha mantenido en el tiempo. Nunca fue una Universidad estrictamente elitista, pese a que acceden los hijos de la clase media o sectores relativamente acomodados. Pero en su concepción, es una universidad masiva. Y también constituye la identidad el que esa masividad es compatible con calidad. No es una cosa apologética sobre la Facultad de Ciencias Exactas. Creo que esto se ve

fundamentalmente a través del imaginario de los sectores que pueden mandar a sus hijos a la Universidad. Tal vez critican la masividad y la politización, pero no dudan de la calidad superior ante otras opciones. Entonces hacen una opción guiada por el criterio de costo-beneficio. “No voy a mandar a la UBA porque ahí vas a hacer política y hay huelgas. No pongo en duda que la educación que recibirías en la UBA es de una calidad superior a la que vas a tener en el circuito privado”. La masividad es impresionante. Voy a citar al Rector, Jaim Etcheverry. Esto no lo inventó él, pero hace una especie de silogismo diciendo que se crearon las universidades del conurbano en los gobiernos peronistas para tratar de quitar el poder a la UBA, y el resultado es que la UBA sigue siendo la Universidad más masiva del conurbano. Porque es la Universidad a la cual viene más gente del conurbano que la que va a las universidades del conurbano.

Pienso que el problema está en cómo reconocer esas identidades múltiples, cómo ser respetuoso de las tradiciones de masividad y calidad, y esto me lleva indefectiblemente al tema del presupuesto. Porque la propia comunidad universitaria vive la masividad con culpa. Acepta la lógica impuesta por los gobiernos sucesivos de que no se puede acceder a un presupuesto acorde para, por ejemplo, garantizar la estructura edilicia. A eso nadie podría poner objeciones. Los edificios envejecen y se caen. Entonces es como un doble discurso, donde algunos aceptan la masividad, otros quieren la masividad, pero ninguno se responsabiliza de que para que la masividad exista es necesario un presupuesto acorde para mantener la infraestructura, al menos. Y por supuesto para crecer.

Y ese es un tema que para mí no está resuelto. No se resolvió en el gobierno de Menem, y no está resuelto tampoco en este gobierno. Yo creo que no es así en otras universidades masivas, como la UNAM. Me parece que ahí se acepta la masividad, pero en cierta medida parece ser que están los recursos para mantenerla. Para sostener esa masividad y esa gratuidad, entre comillas.

Ariel Gordon: Voy a hablar desde mi lugar de becario. He estudiado las décadas de los '60 y los '90 en relación a la temática del desarrollo. Pensando en las identidades quisiera retomar algo que conversábamos

recién antes de dar inicio a la discusión formal, y es el tema de cómo esas identidades y mitos fundantes se contradicen entre sí, el mito de la Universidad científicista de los 60, que niega un pasado y se construye en oposición al mismo, la construcción del movimiento reformista frente al exterior constitutivo del peronismo. Y así sucesivamente. Estas distintas identidades, ligadas a la incapacidad de construir una identidad propia, que reconozca la diversidad, como decía recién Alberto. Pero creo que, en este sentido, algo que caracteriza a la identidad de la UBA es la falta de identidad como Universidad, en el sentido de constituirse más como federación de facultades que como Universidad. Esto ha sido señalado reiteradas veces, incluso al punto que creo que el problema es un rasgo identitario de la UBA, el tema estaba ya instalado en los '60 en el proyecto institucional de Risieri Frondizi, superar el modelo de federación de facultades para construir una *vida* universitaria. Superar, también, esa visión reglamentarista, de que todo pasa por reformas institucionales reglamentarias, para ir hacia cuestiones básicas que hacen a la labor diaria de los claustros, como construir la ciudad universitaria, por ejemplo.

Alberto mencionaba la década del 90. Creo que esto tiene mucho que ver con el hecho de que la Universidad vivió abroquelada en defensa de una concepción cuestionable de la autonomía, frente a un Estado que, por una parte, le quitaba presupuesto de las partidas ordinarias, y asignaba presupuesto concursable por proyectos, como en el caso del FOMECA, y donde se crearon universidades que plantean, desde su proyecto institucional, una identidad en oposición a la de la UBA. Esto resulta muy patente cuando se analizan los estatutos y el proyecto institucional de las principales universidades del conurbano, en ellos se destaca el énfasis en el vínculo con el medio, como un valor sustantivo, en oposición a esa idea de elefante autónomo desvinculado de la sociedad que ellos consideraban que es la UBA: hay identidades y no las hay. En la UBA hay negación de diversas identidades pero a la vez hay como una identidad tácita, replegada, en oposición a un Estado interventor y regulador del sistema, y en oposición a un proyecto institucional que se vive como enemigo, el que conformó la Universidad de los 90, que responde a otro modelo institucional.

Respecto al tema de la masividad recordaba un artículo que se escribió en el 99, de Philippe Altbach, sobre la UBA. Se refiere al darwinismo

social, e ironiza afirmando que sería el modelo ideal para los organismos multilaterales de crédito, porque es políticamente correcto, ya que tiene acceso irrestricto -no como la universidad brasilera, que está bien financiada, pero es una universidad de elite, porque van aquellos que pueden ingresar y superar un examen de ingreso muy exigente-, pero que es perversa, porque las tasas de graduación muestran que el sistema termina decantando adentro. El CBC no cumple esta misión de equiparar para poder permitir un ingreso parejo a la Universidad, y la restricción se va dando durante la cursada de la curricula.

Francisco Naishtat: Retomando sus respuestas se me ocurre que hay varias cuestiones: por una parte, las diferentes funciones que cumple la Universidad, y, por otra, su difícil y crítica articulación. Constituye una de las dimensiones a debatir. Alberto señalaba la enseñanza por una parte, la investigación, la profesión. Podríamos señalar algunas otras, como la extensión, que son funciones que ha atendido la Universidad de Buenos Aires, y en general, las universidades nacionales, y donde, como dice Habermas, la Universidad en vez de especializarse en una función, al estilo de los sistemas definidos unifuncionalmente, ha ido acumulando funciones, incluso de manera contradictoria. Porque no todas estas funciones son fácilmente armonizables. La enseñanza y la investigación eran muy armonizables a finales del siglo XVIII, porque la investigación no era ni requería lo que requiere actualmente, por una parte La enseñanza no era tampoco la enseñanza masiva de las complejas instituciones universitarias actuales. Pero hoy en día cuando la investigación se ha ido especializando cada vez más, y donde la enseñanza a su vez acusa distintos ciclos, como un grado masivo, un postgrado que empieza a volverse cada vez más masivo, y ahora un post postgrado, que se apuntala también como un ciclo dentro de la curricula universitaria, uno puede preguntarse sobre la armonización de esas dos funciones típicamente universitarias, la enseñanza y la investigación. Aparecen entonces distintas posiciones. Algunos dicen en definitiva la Universidad no puede ya identificar enseñanza e investigación, porque cuando se enseña, se enseña en cátedras de 200 estudiantes, en ese encuadre hacer investigación es difícil. Uno enseña.

La universidad puede atender ambas funciones en lugares diferentes. Así los Institutos, los postgrados, ciertas elites intrauniversitarias, se dedicarían a la investigación verdadera, de punta, con sus propios circuitos de competencia, y por otro lado, la universidad también atiende la enseñanza. Entonces, a diferencia de lo que se planteaba en el siglo XIX, donde se dice "la enseñanza universitaria es la investigación universitaria, y viceversa", existiría ahora la idea de albergar ambas funciones pero separándolas, a través de la producción de una diferenciación interna. Quería lanzarles esta tesis, provocativamente, a ver qué piensan. Si piensan que vamos inexorablemente hacia una diferenciación interna cada vez mayor entre las diferentes funciones, de manera que la universidad va a ir especializando sus subsistemas, un sistema de investigación, un sistema de enseñanza con sus propios circuitos de control, tal como por ejemplo, viene dándose a través del sistema de incentivos, el cual constituye una pauta de diferenciación al interior de la universidad. O bien se intenta recuperar de alguna manera el ideal ilustrado, en el cual la enseñanza universitaria es por antonomasia la investigación universitaria. La compleja identidad de la Universidad contemporánea consiste en que además de estas dos funciones, hay otras funciones que cumple la Universidad. Por ejemplo, el hecho de que cada vez más la Universidad atienda una población que no es simplemente joven, sino de la segunda y tercera edad, que se reciclan en estudios universitarios. Este constituye un fenómeno bastante novedoso que se está generalizando en nuestras universidades y, en general, en las universidades del mundo. En la medida en que las sociedades se vuelven sociedades del conocimiento la gente quiere seguir aprendiendo, y en la medida en que puede hacerlo, se vuelve a inscribir en la Universidad. Y ahí también se vuelve a separar otra función. Esta idea de que la Universidad crecería acumulando funciones pero diferenciándolas. O bien la idea de que la universidad tiene que poder integrar funciones. Quería saber cuál es la posición de ustedes en relación a esto.

Patricia Funes: Yo, por "deformación profesional", no hago prospectivas. Me parece que mi aporte tiene que ver con las reconstrucciones y análisis de los itinerarios de la UBA. Y me gustaría retomar una idea que dijo Ariel,

que tiene que ver con las identidades geológicamente yuxtapuestas que tienen la UBA. Una de ellas que fue en momentos muy emblemática se relacionada con la famosa vinculación o desvinculación de la UBA con el medio. Creo que precisamente las fronteras institucionales de la Universidad de Buenos Aires son tan lábiles porque estuvo demasiado vinculada a ese medio, o sea, diría exactamente lo contrario de Ariel. Es imposible historizar la Universidad de Buenos Aires sin caer inexorablemente en una cronología político institucional que tiene que ver con la historia político institucional del país. Salvo pequeñas correcciones es imposible pensar esta Universidad si no ligada íntegramente a los orígenes del Estado Nación en Argentina, por ejemplo. Además es parte del pacto fundador del estado nacional argentino. Se podría recorrer esta idea a partir de algo apasionante: una suerte de “cronología de los edificios”. Recién mencionabas eso, Alberto. Más allá de eso, ahora tenemos la obligatoriedad de usar el sello acuñado por De La Cárcova, este sello fue acuñado en el año 21, por el centenario de la Universidad de Buenos Aires. Y dice que lo más interesante que tiene la Universidad de Buenos Aires es que conjuga trabajo y estudio. Trabajo y Estudio eran dos valores muy fuertes en los años 20'. los valores de la Argentina moderna, el progreso, etc. Habría que ver si esos valores son los mismos, si cambiaron.

Alberto Kornblihtt: No es trabajo en el sentido de trabajo asalariado, es empeño.

Patricia Funes: Claro, empeño, esfuerzo. Es más, la palabra es *robur*, esfuerzo, tesón. La manzana de las Luces, ahí empezamos. La universidad iluminista. Después uno puede pensar en los palacios universitarios de los hombres del ochenta. El más ostensible, el la “catedral” de la calle Las Heras, que era el palacio para la Facultad de Ingeniería. Está ligado al tipo de Universidad y de elites en la que se pensaba en el momento. Otro tanto el peronismo y el edificio, también de Derecho (pariente de la Fundación Eva Perón) que justamente la Libertadora recicla para hacerlo la sede de la Facultad de Ingeniería. Se puede pensar en el ideario desarrollista y vincularlo con la idea de “campus” que anima la Ciudad Universitaria. Y se puede pensar en los 90 y los edificios reciclados de los 80 del siglo pasado.

Pensar una ex fábrica de cigarrillos, como la Facultad de Filosofía y Letras, que además por primera vez tiene un edificio propio a casi cien años de su fundación (nomadismo que también explica las "jerarquías" y hegemonías en el interior de la Universidad. Y se podría hacer una ligazón entre los edificios dispersos de la UBA, en toda la ciudad, la historia política del país, y la falta de fronteras de la UBA. Creo que ese es un gran problema. Pero además la indeterminación de lo que es la Universidad espacialmente y simbólicamente considerada. En otros lugares, en el interior del país o en otros lugares de América Latina, uno dice "Yo voy a la Universidad". Nosotros no decimos eso, decimos "Yo voy a la Facultad".

Segundo punto: esta idea de que el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires no tenga un espacio propio. Si se tiene que representar a la Universidad de Buenos Aires se tiene un problema (de hecho lo tuvimos hace años cuando teníamos que pensar la tapa del libro "Fragmentos de una Memoria", y fue justamente el escudo de la UBA de 1921 lo que elegimos). En La Plata es muy fácil: Joaquín V. González sentado, enfrente del edificio del Rectorado, en Córdoba, el barrio histórico, la casa de Trejo es inconfundible, no se tiene dudas de que es la Universidad de Córdoba. Pero la Universidad de Buenos Aires no tiene un lugar de representación. Se podría hacer un símil, en esa relación UBA-ciudad, con una frase de Borges: "la UBA es una esfera cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna." Tiene que ver con la propia situación edilicia por ese enhebrarse con la misma ciudad, que además es la ciudad lugar del poder, que además es el centro político, tiene mucho que ver, si uno recorre el tema Universidad a lo largo de la historia, es evidente. Más allá de la humorada de Nicolás Avellaneda, cuando dijo "Después de ser Presidente de la República, a los 37 años, me ascendieron", cuando lo nombraron Rector de la Universidad de Buenos Aires, más allá de esa humorada hay una estrecha relación entre la clase política, la clase profesional, los científicos, el poder, concentrados en la Ciudad de Buenos Aires. Y esa indeterminación, esa falta de bordes, tiene que ver justamente con lo contrario de lo que decías, Ariel: con la imbricación con el medio, no con la separación del mismo.

En realidad no estoy respondiendo directamente a tu pregunta, Francisco, pero sí marcando algunos contextos, porque de algún modo sí te

estoy contestando, en este sentido: hay una vieja pelea, que tiene que ver con el saber utilitario y el saber por el saber mismo, que en la Universidad de Buenos Aires ya viene desde el final del siglo XIX. No casualmente en el momento en que se crea la Facultad de Filosofía y Letras, 1896, esa Facultad es considerada “la quinta rueda”, es decir: no sirve para nada. Pero sus creadores consideraban imprescindible que en la Universidad de Buenos Aires hubiera un lugar que reflexión y de pensamiento para que el progreso materialista no sea lo único que mueva los fines del estado Nacional. Conocimiento pragmático, conocimiento espiritual, ciencia versus profesión, en mayor o en menor medida hay momentos en los que se expresa.

Alberto Kornblihtt: Mientras Patricia hablaba yo quería interrumpir, porque quería responder que no, que la pregunta era provocativa, pero que yo no concebiría una Universidad donde no estén –no sé si esa es una herencia del siglo XVIII o más reciente- totalmente entrelazadas la investigación y la enseñanza. Y no solamente me parecería abominable separar institutos de investigación y librar a esos individuos de la famosa carga docente, entre comillas, y dejar a otros individuos, que no les da la capacidad, no tienen los recursos, o no tienen la vocación de hacer investigación, a formar a las jóvenes generaciones. Si ese fuera el modelo de Universidad al cual tiende la Universidad de Buenos Aires, yo me iría de la Universidad de Buenos Aires. La Universidad de Buenos Aires justamente me ha dado desde chico otra imagen, otra identidad. Uno puede preguntarse por qué un chico que entra en la Universidad, el año anterior estaba en un colegio secundario en el cual la indisciplina lo llevaba a tener conductas tales que podían poner en riesgo la vida del profesor, mientras que un año después, sin haber cambiado nada en su vida, con 18 años en vez de 17, está frente a una clase donde hay silencio, hay orden, y se discuten temas profundos. Aún con la disrupción política que puede haber, o con el paro, o con las interrupciones de los militantes que vienen a proponer la huelga, se discuten temas que tienen que ver con opiniones sobre cosas, distintas vertientes. ¿Por qué pasa eso? Porque se establece un pacto de otro tipo, un pacto donde claramente no hay solamente transmisión, no son profesores secundarios los que transmiten ese conocimiento. Son individuos que de alguna manera, poco, mucho o

intermedio, están en contacto con su generación. Si la tendencia actual es o no la que mencionás, Francisco, no tengo elementos para decir que así sea. En la Facultad de Ciencias Exactas sucede todo lo contrario, hay un trabajo muy activo, constante, para obligar a los investigadores a dar más clases que las que dan, para que los investigadores de mayor nivel estén a cargo de las materias, y estas no queden en manos de los docentes auxiliares, por más que los docentes auxiliares sean más didácticos, o incluso sean mejores. Pero se intenta obligar a que los profesores se comprometan con la tarea docente, sin descuidar ni tener pretexto para no hacer investigación. Ese es el *desideratum* para mí, esa es la identidad que deberíamos proteger. La UBA la tiene, y sería catastrófico que la perdiera. Tiene algo que ver con lo que planteaba Patricia sobre conocimiento puro y conocimiento aplicable a resolver los problemas concretos de los países. Pero esa no es una discusión exclusiva de la Universidad de Buenos Aires, es una discusión que trasciende todos los ámbitos internacionales. Todos los institutos de investigación, universidades, agencias de financiamiento se está discutiendo constantemente si la ciencia tiene que ser o no conducida por la curiosidad, y si el azar nos va a llevar a encontrar aquello que pueda salvar millones de vidas, o si la ciencia tiene que plantearse solamente como la capacidad del individuo con toda su formación para resolver problemas concretos íntimamente relacionados con necesidades sociales inmediatas. Discusión que no tiene una única respuesta, y que excede los objetivos de esta mesa, pero sí tiene que ver con el hecho de que si nosotros tendiéramos a una Universidad donde un grupo de elite investiga y otro grupo de obreros de la docencia enseñan, estaríamos alimentando mucho más el concepto de que la única razón para la investigación sería la resolución de problemas concretos. Porque donde la investigación conducida o estimulada por la curiosidad, o por lo más básico de lo básico, cobra valor, sentido, es en la dinámica de la transmisión del conocimiento y la formación de las nuevas generaciones. Porque cómo un país como la Argentina podrá preguntarse si hace biología molecular o no, en función de si hace biotecnología para el agro, para producir plantas transgénicas resistentes a insectos o a herbicidas. Pero la Argentina también podría preguntarse si tiene que estudiar historia medieval, o historia del medio oriente, o paleontología de dinosaurios de la Patagonia. Y eso no tiene

ninguna aplicación para resolver los problemas concretos de la sociedad actual. Entonces, evidentemente no es esa la función, sino que es necesario desarrollar investigación en lo básico, por supuesto con preguntas racionales, con calidad, con originalidad, no haciendo ciencia repetitiva que produzca reiteraciones de cosas que ya se hicieron en otra parte.

Ariel Gordon: Se habló sobre varios temas. En relación a lo del medio, estoy absolutamente de acuerdo con lo que comentaba Patricia, creo que esa acusación, de desvinculación con el medio, es desde la que se construye una parte de discurso institucional de las universidades del conurbano. Uno no puede estudiar la historia de la Universidad sin referirse al contexto nacional. Es muy interesante observar la década de los 60, cuando Frondizi viaja a Estados Unidos en 1959, por los subsidios norteamericanos para la investigación. Inmediatamente se superponen la discusión por los subsidios para la investigación y los empréstitos nacionales, el tema del petróleo. Constantemente el debate de lo que sucedía en la UBA reproducía lo que ocurría afuera. Pero creo que en la última década fue diferente. La UBA se ha partidizado, siempre ha sido politizada, pero ahora estamos hablando de partidización, que responde a criterios heterónomos, a partidos con intereses nacionales, no académicos, no a discusiones de política académica. La UBA ha vivido bastante replegada sobre sí, y eso permitió que durante tanto tiempo subsistan sin realizarse reformas que deberían haberse concretado. Actualmente esas cosas están saliendo más a la luz. Los conflictos que hubo en la Carrera de Sociología, la toma del Rectorado, la manifestación de ese malestar institucional, son representaciones que de alguna manera también rememoran lo que ocurrió en el 19 y 20 de diciembre de 2001. Estamos constantemente atravesados por lo que pasa afuera, pero algunas veces la institución ha podido mantener o construir un proyecto institucional propio, pocas veces respetando las diferencias, siempre en conflicto. Pero me parece que el problema ha sido estar tan abroquelado hacia adentro.

Y en relación a la pregunta de Francisco acerca de la investigación, y la distinción cada vez más hacia un esquema de bachelorización, parecería que las tendencias internacionales y los nuevos modelos de universidad, como el de Burton Clark, es hacia una distinción funcional, hacia adentro,

hacia una institución más heterogénea, donde hay un sistema de licenciatura corta, de enseñadero, e institutos de elite, con postgrados e investigación. Pienso que lamentablemente esa es la tendencia, pero creo, al igual que Alberto, que la identidad del conocimiento público y de vincular docencia e investigación tiene un valor importante. Es necesario defender ese vínculo. Eso sí constituye una identidad de la UBA, una identidad destacable.

Alberto Kornblihtt: Y es una identidad que puede mostrar éxitos en todos los ámbitos. Esto nos lleva al tema que hablábamos antes de comenzar la mesa, de por qué existe el imaginario de que la UBA sólo fue brillante de 1955 a 1966. Todos estamos de acuerdo en que el 66 fue un quiebre absoluto. Porque fue una dictadura con represión, intervención, denuncias, noche de los bastones largos. No hay duda de que eso fue un quiebre. Pero, en general, tanto la UBA como la sociedad que sale de la UBA, tienen poca capacidad para ver objetivamente cuánto hay de verdad y cuánto hay de ficción en ese imaginario.

Existe la posibilidad de estandarizar parámetros cuantificables para comparar ese período con la actualidad. Incluso restando la influencia de variables como la globalización o el uso de internet, hay indicadores que muestran que actualmente hay una gran producción académica. Yo creo que la Universidad ha dado y está dando asombrosamente buenos productos humanos, en sus camadas de graduados, en las cosas que hacen y son capaces de hacer.

Otras de las grandes críticas está dirigida al CBC y las cuestiones relativas al ingreso. Porque en realidad el CBC, a pesar de lo controvertido de su instauración, igualmente cumple un cierto rol de filtro. Y junto con los primeros años de las Facultades cumple un cierto rol de estandarización del nivel. O sea, en última instancia, a pesar de que en la UBA hay ingreso irrestricto, yo diría que se trata de un ingreso semi restricto, pero las diferencias se diluyen después del primer año. Esto es lo que nos muestran las cifras del 40% de deserción en primer año. Como si el gobierno dijera "para no crear un conflicto social vamos a tener una Universidad donde quienes realmente van a seguir en carrera van a ser aquellos que aprueben el CBC y el primer año". Es la realidad. Probablemente los resultados de

disminución de la masa se produzcan al final del primer año, no al final del CBC.

Me parece importante revisar, aunque no sé cómo (quizás hagan falta actores nuevos, jóvenes), los parámetros objetivos de la actividad científica, y productiva, y generadora de conocimiento de la Universidad 1955-1966. Eso es comparable con la realidad de hoy, quizás caótica, fluctuante con los distintos gobiernos, espejo de la realidad nacional. Pero en la que la Universidad construye conocimiento, investigación crítica, desarrollos tecnológicos, y transmisión de saberes, de tanta calidad como en ese período. Y no me refiero a Exactas, o a Bioquímica, o a Ingeniería. Me refiero a Filosofía y Letras, a Sociología, a Ciencia Política, a toda la provisión de la UBA.

Jorge Cernadas: Alberto, ¿podrías precisar cuáles son los parámetros a los que te referías para comparar los diferentes períodos?

Alberto Kornblihtt: No me gusta caer en el conteo de *papers*, pero hay formas de medir producción: cantidad de tesis doctorales, innovaciones, libros, patentes, repercusión internacional, organización de congresos. Yo soy muy respetuoso de esa tradición del 66, lo que no quiero es que ese respeto se convierta en castración. Y a veces me da la impresión de que esa tradición sigue en pie. Lamentablemente me parece que van a hacer falta dos generaciones para que esto se considere. De hecho, cuando Raúl Alfonsín asumió la presidencia del país, pasó algo así: en el 83 se convocó a lo que fue la vieja guardia del 66. Y la guardia del 66 era gente absolutamente respetable, pero que por razones que todos conocemos, entre 1966 y 1983 no pudieron continuar con su actividad y quizás se pasó por alto a otra generación más joven.

Pedro Krotsch: Creo que en el 84 se construyó una relación traumática con el pasado, en el sentido de la necesidad de convertir al pasado del 55-66 en un mito fundante, cuando en realidad fue un momento de una historia más larga de la que no se puede dar cuenta institucionalmente, por lo menos en los ritos institucionales. En el 84 se pretendía reinventar los sesenta, apelando a la legitimidad de una biografía institucional pasada en

un momento en el que el sistema universitario se había complejizado cuantitativamente en términos de distinción público-privado, las políticas internacionales se habían modificado y adquirido otro sentido así como rediscutido el papel de la ciencia y el conocimiento. Y sobre todo los actores no eran los mismos y la centralidad de la UBA respecto de la cultura, la política y la sociedad se había modificado de manera importante. Toda esta incompreensión histórica tiene mucho que ver con la profunda ruptura-fisura que en la memoria de la institución y los actores tiene el largo período 66-83. Hay una fisura ahí, una falta, una ausencia de historicidad y de narrativa que tiene que ver con la construcción del sentido común institucional que está ausente y esta ausencia se intentó suplirla por una apelación a una mitología fundante y legitimizadora radicada en los sesenta.

Se apeló a los 60 con una intención legitimizadora, sin que se pudieran revivir las discusiones, controversias y tensiones acerca de la ciencia y el profesionalismo o los estilos de ciencia a desarrollar. En resumen, un *revival* frustrado. Estas discusiones que en aquella época eran motorizadas por distintos actores de la universidad prácticamente están hoy ausentes como es evidente para todos. Es poco o nada lo que se discute en términos de cual es la misión de la UBA en el contexto institucional complejo en el que convive o las tensiones entre ciencia y el profesionalismo rampante de nuestras universidades. Todo esto tiene que ver con la dificultad, creo en construir una identidad en la cual las historias, las narrativas, las marcas y las sagas construidas en la continuidad del tiempo tienen un papel fundamental y obviamente con los aspectos estructurales ligados a la fragmentación de la misma universidad como se ha señalado.

Me pareció muy interesante lo que decía Alberto, sin embargo en otras universidades uno encuentra mitos fundantes, sagas, historias a las que todo el mundo apela. En el caso de La Plata es clarísimo no sólo por el hecho de que su fundación constituyó un gesto napoleónico pleno de contenido sino que además las rupturas políticas, como lo evidencia la literatura, fueron menos fuertes que en la UBA. No hay nadie en la Universidad de La Plata, de la izquierda o de la derecha, que no hable de Joaquín V. González y su proyecto aunque éste se haya bastardeado en el

tiempo. Se citan palabras, con eso se abren los actos, se cierran los actos, se abren las huelgas, se cierran las huelgas. Hay un referente histórico fundante del que la UBA parece carecer. Y una de mis preocupaciones es como podemos construir una historia creíble aunque más no sea la suma de pequeñas historias que hoy no existen. Alberto, dijiste que la identidad está construida por el imaginario de los actores. No hablaste de la historia y esto me parece muy interesante. Señalaste que la identidad de la UBA está en el imaginario de la ciudad de Buenos Aires o de los actores sociales de la Universidad de Buenos Aires. Sí esta confusión entre la UBA y la Nación-Ciudad es toda una cuestión no menor y a lo mejor la esencial para comprender como se comprende a sí misma y sobre lo cual valdría la pena insistir en el sentido de la imposibilidad de una historia institucional no política. En la Ciudad se vive una situación semejante, o confusión parecida entre nación y ciudad que debe ser resuelto de alguna manera dado que la situación estructural de la ciudad y la universidad se han modificado de manera importante. Creo que hay que tomar en cuenta que la UBA en los cincuenta-sesenta tenía vínculos casi hegemónicos con el Estado en materia de suministro de recursos humanos, también con las instituciones y organismos vinculados al Estado, y también las élites políticas y sociales así como lo que se denomina la alta cultura. Aún era una universidad de élites si tomamos los criterios actuales con los que se utiliza este término. Hoy en día tenemos que hablar de universidad de masas, posiblemente más ligada también a la cultura popular de masas, a las nuevas culturas de la juventud, y por cierto mucho menos ligados ya al *establishment* en general. Estos vínculos me parece que los están estableciendo más bien, por lo menos tendencialmente, las universidades privadas. En este sentido creo que estamos pasando de ser una Institución-Nación algo así como un Ministerio en sí mismo a una organización entre otras organizaciones en competencia por estudiantes, docentes y prestigio institucional. Esta situación ahora supone pasar de una identidad difusa y totalizante a una identidad particularizada que se construye en relación con otros. Esto tiene que ver con cuestiones de hegemonía, legitimidad y crisis de la institución simultáneamente. En este ejercicio de construcción de identidad me parece fundamental, eso sí, apelar a la memoria y al rol futuro (como por ejemplo un plan estratégico) de la universidad en el marco del conjunto de las

universidades. Rescato aquí también lo dicho respecto de la noción de *primus inter pares* que es necesario promover como relación con el conjunto de universidades públicas por el peso político y académico que tiene la UBA en gran medida ligado a la centralidad territorial.

Alberto Kornblihtt: Agrego algo más: yo creo que el imaginario del país sobre la UBA es el imaginario de unitarios y federales. Creo que a la UBA se la ve como la Universidad de la cabeza, y entonces cualquier éxito va a ser visto como razonable, porque son los que están en la cabeza, y cualquier fracaso va a ser visto como lógico también, está inscripto en la lógica de unitarios. El resto del país, pasando la General Paz, institucionalmente, ve con envidia y odio a la Universidad de Buenos Aires. Por eso, más castrante todavía es que la Universidad siga mirándose en el 55-66, porque eso impide darse cuenta de cuán buena es ahora. Y se sigue rememorando, "ah, porque en la época de Romero, y de Fernández Long, y de Risieri Frondizi"... Bueno, basta con eso. Basta. ¿Por qué no pueden hablar del día en que Pedro Krotsch se reunió, en el Germani, con Patricia Funes, y Naishtat, y Gordon, y hablaron de..?.

Pedro Krotsch: Decir que la identidad está en el imaginario es muy distinto a lo que de alguna manera estaba buscando Patricia. Acerca de los imaginarios, Alberto, decías que el padre que decide que sus hijos vayan a la UBA está haciendo una opción que por un lado busca la calidad y por otro acepta el conflicto. Sobre todo acepta la conflictividad de la UBA pensando que la conflictividad puede ser un signo de madurez. Puede ser madurez institucional y madurez para sus hijos, el hecho de poder convivir con esta conflictividad. Pero no hablaste de las historias institucionales, dijiste en realidad "la UBA es el imaginario de la Ciudad". Eso lo dice Halperín, la UBA no es una institución. No tiene bordes. Es como una confederación de Facultades, y por eso resultó tan apremiante la necesidad de que hubiera alguna marca física en la historia. Pero en estas dos puntas entre lo material y el imaginario de la ciudad, primero, me pregunto si es una institución. ¿Cuáles son los requerimientos para que sea una institución? ¿Puede una institución diluirse en el imaginario de la ciudad? Y esto tiene que ver con que la historia política de la UBA no es la historia política de la

institución, es la historia política del país y esto tiene que ver con el tema de los autoritarismos, la partidización y la falta de autonomía relativa de las instituciones en nuestro país. Los cortes que se hacen en la historia de la Universidad son cortes que tienen que ver con el campo político nacional. Las historias institucionales están subordinadas al campo político. Quiere decir que aquí hay intervención de un campo en el otro. ¿Y será por eso que no se pueden construir narraciones, relatos, escritos, que ya no sean producto de la imaginación o de los relatos sociales mayores? ¿Será ese el motivo por el cual hay tanta precariedad en términos de construcción de una historiografía? Falta incluso me parece la voluntad o la intención de construir una autorreflexividad: ¿cómo se sale de todo esto, cuáles son los actores interesados en todas estas cuestiones?

Jorge Cernadas: Quería destacar dos cuestiones que me interesaron particularmente, que remiten a tus preguntas iniciales, Francisco. La cuestión de la relación de la UBA con el medio y de las nuevas universidades de los 90, y las declaraciones de voluntad de éstas de construir una identidad de institución diferente por la vía de una mayor relación con el medio. A la UBA yo tiendo a pensarla en los términos que la planteó Patricia: que la relación con el medio, para bien o para mal es mucho mayor que el imaginario que existió en los 90 de esa falta de relación con el medio, lo cual no quita cierto repliegue, que incluye la dimensión de partidización que mencionaba Ariel, y otras cosas. Eso respecto de la UBA. Pero como además trabajo en una de las nuevas universidades de los 90, creo que si se hiciera un análisis institucional y se observara más lo que efectivamente sucede que lo que sus documentos fundacionales declaran, se encontraría con una realidad no muy diferente a la de la UBA. Y en muchos casos con un aislamiento mucho mayor, comparativamente. Habría que hacer un esfuerzo por no dar por bueno el mito fundacional, especialmente documental, es decir, la declaración de objetivos formal de esas instituciones. Porque después muchas veces si se lo contrasta con lo que sucede en la práctica, descubre que en algunos casos más o menos funciona, en otros no funciona en absoluto, en otros casos son relaciones clientelares, que como modelo de vinculación al medio, no son las más deseables. Sin entrar en el tema, que implicaría una

discusión más larga, de qué significa relación con el medio. Creo que el contraste entre declaraciones y prácticas concretas constituye un tema complejo, y que sería interesante seguir analizándolo.

Respondiendo a tu segunda pregunta, Francisco, creo que la UBA sí viene tendiendo a una diferenciación, más allá de que ojalá que esa tendencia sea revertida. Mencionabas el Programa de Incentivos, como un ejemplo de políticas, pero da una pauta de hasta qué punto tiende a disociarse o no el aspecto de producción de nuevo conocimiento de la docencia. Yo participo del Programa de Incentivos, no estoy mirando de afuera, y siempre recuerdo - volviendo a los padres fundadores del 55 al 66, que cuando yo trabajaba en la Facultad de Ciencias Económicas se generó el debate que creo que se generó en todos lados, acerca de si con el Programa se fracturaba la escala salarial, si era una intromisión del Poder Ejecutivo, entre otras cosas. Y Julio Olivera difundió una nota en la que decía: "Renuncio al Programa de Incentivos, porque en mi condición de docente de la Universidad de Buenos Aires, naturalmente hago investigación". Creo que la naturalidad con que Olivera pudo decir eso, hoy es más complicada de sostener.

Alberto Kornblihtt: Es muy interesante lo que decís, Jorge, porque permite ver cómo un mismo instrumento del Estado, del Gobierno, que es el Programa de Incentivos, puede ser vivido de distinta manera y causar efectos distintos en cada una de las unidades académicas de la Universidad. Eso es notable. Quizás lo que está claro es que se trata de un instrumento de intervención que desvirtúa lo que ya existe,. Tiene un efecto a futuro. Ya lo tiene, pero se podría afirmar que en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales es al revés. El Programa de Incentivos, que es un salario en negro, lo que hace es poner en claro que para poder cobrarlo un investigador tiene que cumplir con ciertas horas de docencia, y no puede recluirse en su laboratorio. No es mi caso, yo hago mucha docencia e investigación, pero muchos ven al Programa de Incentivos como el instrumento que los obliga a cumplir con cierto número de horas de docencia que antes no tenían obligación de cumplir. Lo que sucede en otras Facultades, por lo que vos decís Jorge, es al revés. El efecto es que en ciertas unidades académicas se cristalice la división entre los que hacen

sólo investigación y un poco de docencia y el resto. Los resultados de la aplicación del Programa de Incentivos en las distintas unidades académicas son distintos. En cualquiera de los casos, yo habría firmado esa carta de Olivera, a pesar de que estoy en el Programa de Incentivos. Porque yo creo que el problema del Programa de Incentivos es que no es un incentivo, esto lo decía Enrico Stefani: un incentivo a la producción no puede ser más del 5% de tu sueldo. Quien realmente produce mucho, gana 5% más. Esto no es un incentivo, es un salario en negro, porque es el 40% del sueldo. No nos engañemos, todo el mundo va a tratar de tergiversar las declaraciones juradas con tal de cobrarlo, porque acá el que lo cobra sobrevive y el que no lo cobra, no. Eso es lo perverso. En cuanto a los efectos que puede tener en cada unidad académica, es cierto que tiene sutilezas. Tiene relación con la pregunta de Pedro: ¿la UBA es una institución autónoma, independiente de la historia política del país o es un tejido metastásico en la Ciudad de Buenos Aires? Un tejido que hace metástasis desde Agronomía hasta San Telmo, desde Barrio Norte hasta el Aeroparque. Cuando viajo en taxi, y voy a Ciudad Universitaria a veces los taxistas me dicen “Ah, sí, yo estudié acá”. Haber estudiado acá significa que él cursó un año en Arquitectura y abandonó. La UBA se convierte así en una línea de trenes. Cada uno, alguna vez tomó el tren Sarmiento, no lo toma todos los días, no lo toma más, pero alguna vez lo tomó.

Ahora bien, la UBA podrá no ser una institución, pero el Consejo Superior sí que lo es. Ahí sí hay un problema. El Consejo Superior es una institución, con todos sus vicios, sus problemas...

Patricia Funes: Su linaje... Yo creo que la historicidad de todas las instituciones tiene una contraparte de imaginarios, otra de narraciones, y una base de facticidad. En el caso de la Universidad de Buenos Aires, está ligado a las luces, pero este origen está inscripto, demasiado ligado o entrelazado a los orígenes del Estado Nacional argentino o, mejor, a sus proyectos. Es ilustrativo que 10 años después de creada esta Universidad, Alberdi sostenía que había que hablar en francés. No porque le gustara mucho el francés, sino porque era el lenguaje de la revolución. El español era, según el edicto de la UBA, el idioma de los bárbaros, el edicto dice textualmente “para que no sigamos en el estado de barbarie en que

estamos". Esto refleja esta idea de la luz, del faro de alta cultura, de la formación de dirigentes. Hay poca saga universitaria. La idea de laica y libre aparece invariablemente. No era una posición universitaria solamente. Las banderas de la educación laica y libre constituían un punto de vista nacional, pero involucraban a universitarios. La Noche de los Bastones Largos es otra saga. Invariablemente la Noche de los Bastones Largos. Es cierto que hubo una ruptura muy fuerte, terrible, en 1966, pero además es la única saga que divide la historia en un antes y un después. A mí me interesa retomar el tema del ideario pre 66 en 1983. En las entrevistas de historia oral un psicoanalista decía "Eso fue un rayo en el cielo despejado". ¡Un rayo en el cielo despejado! ¡Nadie se lo imaginaba! Leyendo los boletines de mayo, junio del 66, se sabía lo que sucedería. Los bastones recién estrenados de Onganía obturan techo de la universidad desarrollista, en la memoria y las biografías de los protagonistas. Es interesante retomar la idea de que estos 22 años ininterrumpidos de democracia constituyen, desde 1821, el período más prolongado de democracia de la historia del país. Es interesante retomar la idea del imaginario de pre 66. La Universidad vive de las rupturas. Se reproduce a través de las rupturas. ¿Qué pasa con 20 años de democracia? ¿Qué pasa con el Estatuto del 58? Finalmente ¿qué estatuto nos rige? Cada Rector que asume dice "Vamos a reformar el Estatuto"...

Alberto Kornblihtt: Ahora cada Rector. Durante 16 años no teníamos la palabra "cada".

Patricia Funes: Claro, por eso. Eso sería algo muy interesante para esta reforma universitaria, por ejemplo. Es una institución muy pesada, desde el punto de vista del ejercicio de la ciudadanía. Porque como recién decía Alberto, hay un Consejo Superior. Eso sí es una institución. Con sus códigos, con sus linajes, es una institución pro statu quo. Algo que se podría decir a la próxima Asamblea Universitaria, la Asamblea Universitaria, máximo organismo de la UBA, hace 4 años dijo que iba a juntarse para reformar el Estatuto Universitario. Nunca lo hicieron. ¿Por qué no hacemos un control ciudadano sobre eso? Porque la ciudadanía, la pertenencia, las identidades también suponen derechos que en muchos casos son conculcados por

acción u omisión. Eso también desarraiga. La no práctica de esos derechos y la no imaginación de otros nuevos creo que tiene que ver con las pertenencias, y me parece que refuerza las mitologías.

Francisco Naishtat: Tomando ese punto, la pesadez institucional de la UBA, mi pregunta sería, dada la historia de la Universidad y lo que es una reforma de la Universidad, ¿imaginan una reforma posible desde adentro de la Universidad, o piensan que cualquier cambio va a venir por una presión externa? Uno constata, viendo la historia de los últimos 20 años de democracia, que en realidad la UBA a tendido a ser conservadora, a aferrarse a una historia, un mito, la historia dorada del 55, sus viejos estatutos, como una época incuestionable de la Universidad, pero es poco lo que ha intentado moverse. Y allí donde se la ha removido un poco, su reacción más intuitiva ha sido de defensa del cuerpo de la Universidad ¿Cómo se imaginan que esta institución podría darse nuevas identidades, reformarse a sí misma? ¿O eso suena como una utopía fuera de lugar para esta Universidad?

Alberto Kornblihtt: Si esas son las opciones, yo prefiero que no se reforme a que se reforme desde afuera. , Hubo presiones desde afuera para que se reforme, de las peores, durante el gobierno de Menem. Si esas presiones no lograron hacer salir a la UBA de su tradición reformista va a ser difícil que otras presiones lo logren. Pero no me cabe la menor duda de que necesita reformarse. Lo que sucede es que para reformarse hay que pensar también algunas cosas con las cuales no se maneja bien la comunidad universitaria. Tendría que haber algún tipo de pacto, no digo de gobernabilidad, pero sí de nivel epistémico en el cual se discuten los problemas. Porque si los problemas se siguen discutiendo como se discuten, defendiendo intereses sectoriales en el Consejo Directivo o la Asamblea Universitaria, mezquinos intereses encubiertos, es muy difícil que se pueda reformar.

Voy a hablar de algo que me parece muy importante: ¿Cuál es la posición de las autoridades, de los profesores, los sectores más maduros en edad, respecto del claustro estudiantil? Es innegable que si tenemos una Universidad masiva, no elitista, con discusión abierta de todos los temas

habidos y por haber, con libertad absoluta, esa Universidad va a ser el lugar donde los sectores de izquierda, ligados a los partidos políticos tradicionales de izquierda, tengan un lugar privilegiado. Es lógico que así sea. En todo el mundo ha sido así. Mao salió de la Universidad de Pekín, y Fidel salió de la Universidad de La Habana. Es lógico que la izquierda institucional tenga un caldo de cultivo partidista, no simplemente político apartidista, en una Universidad pública como la UBA. Sin embargo, en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, y lo veo también lo veo en otras Facultades, se intenta negar esta realidad. Hacerlo es meter la cabeza debajo de la tierra, como el avestruz. Yo no me preocuparía por aquellos sectores que no ganan las elecciones del Centro de Estudiantes o las elecciones del Consejo Directivo. Pero si esos sectores ganan las elecciones de Consejo Directivo en representación del claustro estudiantil o del Centro de Estudiantes, las autoridades de la Universidad, los sectores de los profesores y graduados, tienen que tener una política hacia esos sectores, y no pensar que es un inconveniente que esos sectores existan, y quieran sacárselos de encima, y les molesten, y hagan como que no existen y miren para otro lado.

Para mí ese es un tema central, porque de eso depende qué se discute en una Asamblea Universitaria. Racionalmente, admitiendo que existan sectores que quieren otro modelo de Universidad, pero con los cuales hay que dialogar, discutir, llegar a acuerdos programáticos. Y que esa Asamblea, esa reunión de Consejo Directivo o de Consejo Superior no se convierta en una batalla campal de consignas tipo cancha de fútbol, y cantitos de barra. Ese es un tema que no está resuelto. Pero no está resuelto, no por culpa de los estudiantes que votan al PCR, al MST, al PO, no está resuelto porque los estamentos de profesores y de graduados y autoridades se han ido encerrando cada vez más en su propia autocomplacencia y obviando la existencia de otros grupos. En algunos casos ha habido alianzas tácticas, pero por conveniencia de poder y no por real interés en marchar juntos. Repito, si no ganan las elecciones, bien. Pero no se puede pretender un gobierno tripartito, y preferir que no ganen ellos el claustro de estudiantes, y que lo ganen otros, más científicos, políticos pero apartidistas, no gobernados por las lógicas de los programas de los partidos revolucionarios. Eso no existe. La existencia de estos sectores es parte de la UBA. No admitirlo es no ver parte de la propia

identidad de la Universidad. Me parece que tiene que haber una política. No digo que sea fácil construir esa política, pero debería haber una política institucional donde se dialoga con el individuo que ganó las elecciones de claustro, y no se lo descalifica, por más de que plantee que quiere la revolución a la vuelta de la esquina. Donde se llega a algún tipo de acuerdo. Quizás es imposible, y estoy pidiendo peras al olmo.

Patricia Funes: Las reformas de afuera me parecen inviables. Como decía Alberto, en la década de 1990 Menem lo intentó, y lo que hizo fue lograr que la Universidad respondiera con uno de sus movimientos más reactivos y quizás más exitosos: oponerse a la Ley de Educación Superior. Y esto normalmente no forma parte de las sagas universitarias. Pero fue un momento muy importante: en rigor de verdad fue uno de los pocos actores que le pudo parar un proyecto a Menem. La universidad, y básicamente la Universidad de Buenos Aires. Pero no forma parte de ese relato, no forma parte de la épica.

Y la reforma desde adentro, la veo difícil. Muy difícil. Primero por el carácter corporativo de las Facultades, de las Universidades, de las estructuras de las cátedras, que suponen espacios de poder. Y además porque como hay cierta idea de que siempre se puede cambiar para peor, eso refuerza el statu-quo, o la inercia.

Alberto Kornblihtt: Cuando vos preguntaste cómo no se respetó que se llamara a la Asamblea Universitaria para reformar los estatutos, el sector más científicista de la Facultad de Ciencias Exactas - al cual pertenezco, pero con el que tengo mis diferencias - hizo todo lo posible para impedir que se reunieran. Porque el temor es que cualquier reforma, cualquier apertura sea un boomerang para eliminar del mapa aquellas conquistas que se consideran ciertas, de concursos abiertos y una serie de cosas que son realmente muy importantes. El temor está también en pensar que si se abre la discusión sea una caja de Pandora y se vaya a una situación académicamente peor.

Francisco Naishtat: ¿No considerarían ustedes que “reforma” es un nombre demasiado pomposo? Porque en realidad la UBA se ha ido

reformando, no ha continuado idéntica durante los 20 últimos años. Hay varios ejemplos: el postgrado con su propio sistema arancelado no es una institución que existiese antes, y hoy es una realidad dentro de la Universidad. Tiene sus anomalías, por ejemplo, en esta Universidad el postgrado no tiene representación en el gobierno universitario. Yo a veces les pregunto a los estudiantes, "Ustedes luchan por la democracia universitaria a rajatabla, ¿nunca se les ocurrió preguntarse si los alumnos de los postgrados podrían tener representantes en los Consejos?". En verdad son los estudiantes más avanzados del sistema, tendrían que ser aquellos cuya voz sea atendida y escuchada por el resto. Sin embargo tenemos un postgrado que no participa en el gobierno de la Universidad. Entonces, se ha ido generando una serie de reformas, pero no blanqueadas en la letra, ni en las instituciones. Hay un desfase cada vez mayor entre esa letra y su pretendida saga, y las formas de vida universitaria. Otro ejemplo es el Ciclo Básico Común, que tampoco tiene representación en el gobierno. Se habla de multipartito, pero ¿dónde gobiernan los estudiantes del CBC? No tienen representantes en el gobierno de la Universidad. Entonces se podría concebir una modalidad de reforma que fuese de abajo hacia arriba y por partes. Porque, políticamente, si se presenta la reforma como una reforma estructural, total, holista, nunca va a pasar. Ya se vio con la departamentalización de esta Facultad: provocó una reacción tremenda, por conservadurismo, por temor a perder conquistas. Pero quizás haya maneras más fáciles: introducir reformas autónomas, desde dentro, que quizás pasarían más desapercibidas en el todo político, y hacer progresar, producir un progreso real. Por ejemplo, darle al postgrado una representación en el gobierno de la Universidad no suena a algo tan trágicamente renovador. Y son cosas que uno puede, sin embargo, introducir. Y la suma de esas reformas en el tiempo puede generar algo.

Alberto Kornblihtt: Eso tendría el problema de que la proporción de los estudiantes, entonces, sería menor.

Francisco Naishtat: Claro, habría una proporción menor de los estudiantes del llano. Pero en realidad uno se tiene que preguntar, el

estudiante del postgrado, ¿qué es? ¿Es un estudiante? ¿es un docente? ¿a qué claustro pertenece? No siempre es un docente.

Pedro Krotsch: Tanto Patricia como Alberto enfatizaron mucho esta oposición a las reformas de los 90, y en realidad la UBA adhirió a esas reformas. Porque en el fondo hay un gesto ambiguo frente al poder. El FOMECE se aceptó.

Alberto Kornblihtt: La Facultad de Ciencias Exactas es la comunidad académica que tuvo más financiamiento que la mayoría de las universidades.

Pedro Krotsch: Y si uno mira el crecimiento de los postgrados, en el país - la creación de postgrados está implícita en el mandato de la Ley - la UBA fue la que respondió de manera más dinámica a ese mandato.

Alberto Kornblihtt: Igualmente hay diferencias, porque ustedes hablan de postgrados arancelados, y en mi Facultad eso no es admisible. Las Maestrías sí, porque generalmente son profesionalistas, son para profesionales de otras Facultades, pero los Doctorados no. Un graduado de la Facultad, un becario que trabaja en la Facultad, no paga nada por el Doctorado. Solamente pagaría un curso de postgrado alguien que venga de afuera.

Pedro Krotsch: Estas reformas incrementales de la base del sistema de las que hablaba Francisco pasan desapercibidas, nosotros tenemos una mirada muy napoleónica. No sabemos en el fondo mirar cuánto de cambio hubo, hay una falta de percepción de esos cambios incrementales, pequeños.

Alberto Kornblihtt: Tenerlos en cuenta ayudaría a no castrarse con el 66. La pregunta de Francisco fue ¿Ustedes no piensan que podría haber una reforma?, pero él la hizo como de todo o nada. No aclaró que podía ya haber habido reformas.

Pedro Krotsch: Claro. Entonces hay que respetar la forma silenciosa que tiene la Universidad de procesar tanto la innovación como el conflicto. Pero la otra cuestión que me parece importante, que no hay que olvidar, es que hay dos grandes núcleos que dificultan la posibilidad de reforma. La primera pregunta que les haría es cuáles son los actores de la reforma. No hay reforma sin actores. Se trata de ver quién va a poder construir una voz. No sé quién, en la Universidad. ¿Es la Facultad? ¿Es el claustro?

Y el otro tema que me preocupa es la partidización. Es complicado. Ahora lo vemos en la Universidad de Rosario, en otras instituciones es todavía más limitado, pero hay un gran dominio del campo político, o de los partidos, sobre la vida universitaria, en términos de discusión de valores, rutinas, etc.

Y otra cosa que falta, siempre falta, como análisis, es el papel de las corporaciones profesionales. Que son un elemento conservador brutal. En la Ciudad de Buenos Aires, como decía Patricia, donde se juega la dicotomía unitarios - federales, sucede que las corporaciones tienen un enorme poder sobre las restricciones del cambio, una gran capacidad de frenar el cambio. Si uno piensa en reformas tiene que pensar adónde están las restricciones, y adónde están los elementos dinamizadores del cambio.

Ariel Gordon: Yo estaba absolutamente de acuerdo con Pedro cuando señalaba que ha habido reformas. Las reformas de los 90 se hicieron sentir mucho en la Universidad de Buenos Aires, aunque de manera heterogénea. El FOMEC es un ejemplo de esto, tengo entendido que en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales reconstruyeron los laboratorios, que desde los 60 que no se invertía como se invirtió en ese momento, y fue la unidad académica que tuvo más financiamiento del país, aún comparándola con Universidades enteras. Lo mismo sucede con la CONEAU, la UBA presentó a nivel universidad un recurso de amparo, entonces la Ley de Educación Superior no se aplica en el marco de la UBA. Pero luego hubo una resolución del Consejo Superior que dejó a criterio de cada Facultad la presentación de sus postgrados a CONEAU. Entonces fueron acreditándolos luego en distintas etapas, de acuerdo a las circunstancias políticas, etc.

Alberto Kornblihtt: Los instrumentos de la “reforma menemista”, que eran CONEAU, FOMECA, Incentivos, todos modificaron a la Universidad de Buenos Aires. Como lo hicieron en todo el país. Alguien podría protestar que los incentivos son salario en negro, pero nadie iba a ser un héroe y prescindir de ellos.

Ariel Gordon: Estoy de acuerdo, pero la falta de posición institucional nos lleva nuevamente al tema de la identidad. Faltó una posición integral de la Universidad en sí misma. El Consejo Superior no la planteó. Cuando hablabas, Alberto, del Consejo Superior como institución, me acordaba de un trabajo de observación etnográfica que hizo Victoria Kandel, que es una compañera que trabaja con nosotros en el equipo de Francisco, y estuvo observando y registrando durante varios meses las sesiones del Consejo Superior. Hizo un trabajo interesantísimo que señala justamente esto que vos decías, Alberto, la teatralización del debate: tenemos democracia universitaria por claustro, pero los profesores se levantan cuando toman la palabra los representantes universitarios de los partidos de izquierda, los estudiantes se levantan cuando hablan los profesores, los estudiantes hablan apelando a un demos, un público que no se sabe bien quién es, ausente, reivindicando su participación, y se hace acto cuando no son escuchados, y todo se resuelve por fuera de la institucionalidad del gobierno colegiado. Entonces me parece que lo de la reforma también tiene que ver con esto, con la ausencia de instituciones de gobierno. Las reformas que ha habido se han filtrado desde abajo, de manera fragmentaria y de acuerdo a la realidad de cada Facultad.

Francisco Naishtat: Esto hace precisamente a la peculiar relación que hay entre las Facultades y ese monstruo que es la UBA. Porque la representación se va distanciando más de los actores a medida que se va acercando al Consejo Superior, al Rectorado. En realidad las Facultades, el actor cotidiano, universitario, es bastante prescindente de lo que pasa en el Rectorado. Esto genera una cierta rareza. Pero una rareza que sin embargo también es constatada en universidades de otros lugares, donde cada vez más hay una suerte de separación entre los órganos de gestión, gerenciales, por una parte, y la vida académica por la otra. Tradicionalmente en la

historia de la Universidad se concibió la representación externa, el cuerpo externo de la Universidad y su base académica como una unidad articulada, integrada, en nuestra tradición reformista. Es decir, la representación de la Universidad extramuros debía ser a su vez la representación de los actores académicos intramuros, esa es la idea del gobierno tripartito. Esto no se verifica en otras universidades, porque uno tiene una especie de dualidad esquizofrénica en una representación de gestión, y por otra parte un gobierno académico, que es el gobierno de los departamentos, el gobierno de los institutos de investigación. La pregunta es si la UBA está marchando cada vez más hacia esa suerte de gobierno bicéfalo, en el cual va a haber por un lado un órgano que nos va a representar, en el Rectorado, en Viamonte, como el órgano que nos representaría extramuros, y bastante distanciado de la vida académica propiamente dicha, y por otro lado la vida de los Institutos, los laboratorios, las Facultades, como un andarivel académico diferente. Esa también sería una pregunta para hacernos, ¿qué pasa con la articulación a nivel de la democracia académica entre esa representación solemne de la Universidad con la "U" mayúscula, y por otro lado la vida de las Facultades y de los Institutos y de las cátedras, a distancia que muchas veces parece sideral. Preguntarnos si hay una tendencia a este bicefalismo entre la gestión universitaria y el actor académico, por otra parte. Por ejemplo, UBATEC, es una institución que se creó desde Rectorado. ¿Cuánta gente conoce realmente cómo funciona? Y sin embargo maneja muchos fondos, incluso maneja fondos del CONICET. Si hacemos una encuesta a los miembros de la Universidad, incluso a nuestros representantes estudiantiles en las Facultades, seguramente no tienen idea de cómo funciona.

Alberto Kornblihtt: A los investigadores que tenemos subsidios gestionados por ellos no nos importa mucho cuál es su organización, mientras funcionen bien con su cometido, que es administrar subsidios. Me parece que UBATEC es un ejemplo de institución creada con la pretensión de favorecer la interacción de la Universidad con las empresas y con el medio económico, pero en la práctica quedó reducida a un ente administrador de subsidios, tarea muy útil pero menos pretenciosa. O sea que no sé si tiene esa envergadura de su creación.

Ariel Gordon: Mi pregunta es si tenemos un gobierno bicéfalo. Yo diferencio los consejos directivos de las Facultades y los gobiernos de las Facultades respecto de lo que las cabezas académicas de los departamentos de investigación. Creo que los Consejos Directivos de las Facultades están bastante condicionados por el ping pong de ida y vuelta de las cosas que mandan al Consejo Superior. Hay como un juego de espejos ahí. Para mí eso tendría el efecto opuesto, garantizaría que no se caiga en el abismo bicéfalo. Ahora, si en ese juego de espejos, los Consejos Directivos de las Facultades y el Consejo Superior de la UBA van en conjunto a formar una de las cabezas, y la otra cabeza va a estar constituida por la vida cotidiana académica de los institutos y los departamentos, entonces puede ser. No estoy seguro, pero puede ser.

Patricia Funes: Lo que yo veo, en períodos democráticos, es que lo único activo o fluido en la Universidad es el movimiento estudiantil. La representación simbólica de Universidad que tiene la gente es heredera del movimiento estudiantil. Si uno se pregunta, “¿dónde conocí a la gente de otras Facultades? Y, “a través del movimiento estudiantil”. No sé si ahora esto ocurre o no, si es más importante la pertenencia al partido político - sea este de izquierda o no - que la pertenencia al colectivo “movimiento estudiantil.” Pero sí sé que se verifica históricamente que el movimiento estudiantil era la red a partir de la cual se interconectaban distintas Facultades. Y si hay alguna representación de la Universidad de Buenos Aires en el imaginario social, me parece que en general ha estado vinculada a ese movimiento. Y eso es factible debido a determinado sistema de gobierno en el cual los estudiantes tienen sus centros de estudiantes y además tienen representantes en el gobierno de la Universidad. Esto no es un producto de la Naturaleza, es un modelo de gestión bastante original que se fue construyendo históricamente y tiene su matriz en la Reforma del 18. En otras universidades de América Latina la organización es diferente. El hecho de que ahora en la Argentina pese más en el movimiento estudiantil la pertenencia a un partido político que la pertenencia al movimiento mismo, debilita esta idea de Universidad. Pensado en contrafáctico: si hubiese sido por los profesores y los investigadores esta

idea de Universidad sería más débil. Sin esta presencia muy protagónica en la historia de la Universidad del movimiento estudiantil la idea de representación de Universidad sería más débil. Es para discutir.

Alberto Kornblihtt: Patricia, estás diciendo que el hiperpartidismo es un hecho negativo. Si no existiera representación estudiantil, en castigo al hiperpartidismo, la directiva habría sido peor.

Patricia Funes: Y la idea de Universidad, de conjunto, de colectivo, aún débil, recortada, etc., sería más débil, sin ese actor que es el movimiento estudiantil. No lo digo de demagoga, son evidencias.

También pienso que es muy pobre el ejercicio de los derechos de la ciudadanía universitaria. Y esto también tiene que ver con esa brecha en la representación entre el Consejo Superior, el Consejo Directivo. El claustro de graduados, ¿qué es el claustro de graduados? Quisiera que alguien me explique, exactamente, en el tercer milenio, qué significa. Si la idea de "claustro" es lo suficientemente corporativa, pues la del colectivo "graduados" la refuerza. Nosotros tenemos eso, y funciona y se reproduce. Y no nos parece un disparate.

Alberto Kornblihtt: Y determinan los destinos de la institución.

Patricia Funes: Exactamente.

Alberto Kornblihtt: ¿Tendría más sentido que además del actual claustro de graduados, que son los ex alumnos, existiera un claustro, por ejemplo, de docentes auxiliares, que tienen un papel activísimo en la vida cotidiana de la Universidad, pero que no son profesores?

Patricia Funes: Acercaría más la realidad a la ficción. Ahí hay un vacío de representación.

Alberto Kornblihtt: Porque los docentes auxiliares votan en el claustro de graduados, pero ellos son los que viven la cotidianidad de la Universidad durante todo el año, y cuando llega el octubre del cuarto año, los que

deciden la elección son aquellos graduados viejos, que ya no están en la Facultad.

Patricia Funes: La química de la gobernabilidad es algo que a mí se me escapa, pero creo que el reemplazo del claustro de graduados por el de auxiliares, o el agregado de un claustro de auxiliares, acercaría más la representación, le daría un contenido, un significado más real. De lo que estoy segura es de que en los problemas que hay de representación, uno de ellos es la existencia de este claustro de graduados y el vacío de representación de los auxiliares docentes como auxiliares docentes, que es lo que Alberto acaba de señalar. Yo trabajé alrededor de 10 o 12 años en la Facultad de Ciencias Sociales sin tener representación, porque soy graduada de otra Facultad. De la Facultad de Filosofía y Letras. Y en la Facultad de Ciencias Sociales hay muchos auxiliares docentes que son graduados de otras Facultades. Y que no tienen representación en algunas instancias de su gobierno.

Jorge Cernadas: El tema de la representación del claustro de auxiliares es un asunto muy interesante para discutir. Sobre lo que no estoy tan de acuerdo, y retomo la idea de Federación de Facultades, es en que el claustro de graduados sea una ficción en todas las Facultades. Como ejemplo tenemos la Facultad de Ciencias Económicas.

Patricia Funes: No, claro, el Colegio Profesional es el poder de las corporaciones.

Jorge Cernadas: De las corporaciones, de los grandes estudios, etc., o sea que no hay un vacío de representación, hay una representación bastante ligada al poder real que tienen esos graduados. Quizás si pensamos en la carrera de Historia la cosa sea algo más complicada, porque ahí sí funciona más como Alberto señalaba. O en la carrera de Ciencia Política anterior a la fundación de la Facultad de Ciencias Sociales. Se veían remises y taxis trayendo a votar a los graduados el día de las elecciones de autoridades de la Facultad.

Alberto Kornblihtt: En términos históricos podríamos decir que la subsistencia no del co-gobierno, del claustro de graduados específicamente, es algo que, por temor, o por las razones que fueran, nunca ha sido revisada seriamente en la institución.

Ariel Gordon: Una figura que funciona en una Universidad profesionalista, de modelo decimonónico, que funciona para las carreras profesionalistas, para Derecho, Economía, Medicina incluso, pero no tiene sentido en las científicas.

Jorge Cernadas: Quizás si no se discutió es porque la discusión en torno a la representación ha estado atravesada por una lógica de expansión de la representación, más que de recorte de ella. Me refiero a la discusión sobre los auxiliares o los no docentes. Esta idea por ahí se discutió en los pasillos, pero no recuerdo un solo proyecto para ver qué se hace con la representación.

Patricia Funes: Claro, siempre se pensó en sumar, y no cuestionar el gobierno tripartito tal como está.

Alberto Kornblihtt: En un momento se pensó en la representación de claustro único, donde profesores y docentes auxiliares votaran en el mismo claustro, como solución a la falta de representación específica de los auxiliares. Yo no estoy de acuerdo, prefiero un claustro de docentes auxiliares y no un claustro único.

Patricia Funes: De hecho, la Ley de Educación Superior habla de un claustro único.

Pedro Krostch: Quería retomar algo que mencionó Patricia, relacionado con los jóvenes y la representación estudiantil, en el sentido del carácter instituyente que ella le da a este claustro. Retomando el tema de la historia y la historicidad de la UBA, me parece que hay un cambio en la relación entre ser joven y ser estudiante. Yo creo que en los años 50 la pregnancia que tenía la institución en la condición de joven era muy fuerte. El paso del

ser joven a ser un joven estudiante existía como un rito, marcado por la institución. Creo que en las décadas de los 80-90, las culturas juveniles, la emergencia de una cultura fuertemente enraizada en la juventud y el debilitamiento de las instituciones se conjugan dándole un lugar distinto al papel de la identidad. Me preguntaría ¿Hoy existe este estudiante, como existía el estudiante en el 60? ¿O es más un joven que un estudiante? Un joven que incorpora valores, normas, estilos de convivencia a la Universidad, en lugar de incorporarse a los valores de esta institución. La condición de joven estudiante tiene que ver con el paso del tiempo, con la cultura en general, pero también tiene que ver con la masificación de la universidad.

Alberto Kornblihtt: ¿Si en la década del 60 el joven estudiante tenía una sensación de pertenencia que ahora no tiene?

Pedro Krotsch: Pienso que la institución prevalecía sobre la condición de joven. Hoy, creo que la institución es más débil, y la cultura juvenil es más fuerte que la institución. Yo creo haber sospechado esto, en el caso de las universidades masivas, en el caso de México, donde la cultura urbana irrumpe en la Universidad con mucha fuerza, y se encuentra con valores institucionales debilitados, por la masividad, por la historia, por una serie de cosas.

Y otra cosa que se conjuga con esto es que además hay un cambio importante en la relación de los estudiantes con los partidos políticos. En aquel entonces la idea de reforma incluía la participación en un movimiento que desintegraba la identidad partidaria, o la disolvía. Para este movimiento la legitimidad de los valores universitarios y académicos era muy fuerte. De hecho, los representantes tenían que tener algunas condiciones que hoy no se piden. Predominaban también los valores de la institución frente a los valores de los partidos. Yo creo que hoy esto también se modificó. Los partidos se expresan en la Universidad como tales, francamente. Sin crear mediaciones institucionales.

Alberto Kornblihtt: En el 73 pasaba lo mismo. Cada partido político tenía un movimiento con el cual se cooptaba algunos militantes universitarios que

no estaban afiliados al partido. Hoy también existe eso, hay alianzas. Lo que no se puede, a mi juicio, es decir ingenuamente: "Son estudiantes puros aquellos que no tienen ideas relacionadas de alguna manera relacionadas con algún partido político. Esos son los que me gustaría que ganen, que estén en el gobierno de la Universidad o la Facultad. A los que están relacionados con los partidos políticos los descalifico de entrada, por más de que tengan el voto de los estudiantes". Porque también uno puede preguntarse por qué la gente los vota, y la verdad es que tienen muchos votos. Cuando tengo que explicar a un colega extranjero que en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales desde hace 20 años gana el PCR, que es maoísta, me preguntan "¿Eso existe?". No solamente existe, yo tengo buena relación con ellos, en algunas cosas son delirantes, en otras no, yo los respeto mucho, y en el país es uno de los partidos de la izquierda tradicional que tiene más influencia en ciertos lugares. Tiene la Corriente Clásica y Combativa. Están, no podemos decir que el maoísmo no tiene presencia en la Universidad de Buenos Aires. Eso sería no ver la realidad. Tienen sus canales y estructuras con las cuales planifican políticas que a veces les son exitosas en términos de adhesión de la masa estudiantil.

Francisco Naishtat: Quizás el maoísmo sea uno de los únicos grupos coherentes, por esa forma de identidad de los grupos de la izquierda argentina o latinoamericana, que mantienen a rajatabla un núcleo identitario fuerte. Sin embargo, creo que es diferente a nivel de partidos como la Franja Morada, el ARI, u otros partidos en los que existe una lógica partidaria que atraviesa las fronteras de las Facultades. Esa partidización de la Universidad de hoy también acusa grietas muy fuertes, es sensible y porosa a la división en la misma Universidad entre las Facultades, o entre los departamentos. El ARI de Ciencia Política no es el mismo ARI de Filosofía y Letras. Inclusive van a tener lógicas diferentes. Se produce un fenómeno nuevo. Pasó a la historia la Franja Morada que conocimos en el 83, aglutinante, que tenía una política universitaria para el conjunto de las Facultades, que se identificaba con el proyecto político alfonsinista. Entonces empieza a darse una fragmentación inclusive de la lógica partidista de la Universidad, donde en realidad hay una lógica de intereses sectoriales, de pequeños nichos de poder. Asumen etiquetas políticas,

porque hay que asumir algo, pero prevalecen pequeñas lógicas, difíciles de capturar. Quizás con la excepción de algunos partidos que están más estructurados, que tienen cierta coherencia transversal, como el PCR o el PO. Pero serían excepciones. Pero otros grupos o partidos, como la Agrupación Felipe Vallese, tienen lógicas donde la agrupación va cambiando en función de las tribus locales. Eso hace muy difícil pensar en una política universitaria coherente, o hacer alianzas con los sectores políticos a través de las distintas Facultades. Hay un fenómeno centrífugo muy fuerte, en ese sentido, en la Universidad. ¿Cómo lo ven ustedes?

Patricia Funes: De esa manera.

Alberto Kornbliht: Tal como lo decís vos, Francisco. Lo cual no es bueno. Por eso el problema no es que estén los partidos representados, sino que la política se manifieste por esta atomización que se desarrolla también en la izquierda en general, en el país. Esta atomización perversa, que responde al sálvese quien pueda, porque en realidad cada grupúsculo define sus límites en función de las diferencias del otro, y eso impide generar políticas de consenso a todo nivel. Tu caracterización, Francisco, es perfecta.

Ariel Gordon: Mi opinión, como alguien que fue hasta hace poco estudiante de grado, es que es absolutamente así. Me parece que los episodios de 2001 fueron muy importantes en la configuración actual. Franja Morada era absolutamente hegemónica, y sufrió una fractura muy grande en todas las Facultades en las elecciones de 2002. Yo estaba participando políticamente más que ahora en ese momento, hubo un auge de la participación, con todo este espíritu del asambleísmo, de la democracia directa, la crítica a la mediación, a la representación, y toda un fenómeno de involucramiento, pero lamentablemente no tuvo efectos duraderos. En el 2002, en las elecciones de la FUBA, ganaron los partidos de izquierda tradicionales en una coalición con partidos independientes, con un discurso más centrado en lo académico, menos partidario, de pequeñas agrupaciones. Pero luego no pasó nada, no se pudo sustentar en el tiempo. Fue un fenómeno episódico del 2002, y los que terminaron subsistiendo son los partidos tradicionales de izquierda.

Pedro Krotsch: ¿Los grupos independientes se debilitaron?

Ariel Gordon: Yo creo que sí.

Alberto Kornblihtt: Se debilitaron porque al no tener una estructura partidaria, ni prácticas de organización, basaron todo en un espontaneísmo donde con el tiempo la voluntad se pierde, las ganas se van, la gente se cansa. No tienen la práctica de transmitir de generación en generación una estructura que autocontiene y tiene objetivos, tiene una misión. Los partidos políticos de izquierda, o los grupos políticos que los representan, tienen misiones.

Ariel Gordon: Me quedé pensando en esto que decía Francisco de la incapacidad de superar el ámbito de intereses más cercanos a la Carrera. Podemos discutir acerca de materias obligatorias, optativas, pero organizarse superando el ámbito ya no de la carrera, de la Facultad, era imposible, por esto que recalca Alberto, la ausencia de estructura. Es un punto importante cuando hablamos de la crisis de representación.

Otro punto es la idea del Consejo Superior de la UBA como algo alejadísimo, allá en Viamonte, discutiendo cuestiones ajenas... Yo lo conocía porque trabajé el tema de Universidad, pero hablando con mis amigos, el Consejo Superior es algo casi totalmente desconocido. No tiene que ver con lo diario. Los estudiantes conocen la Junta porque trata las materias optativas, que es lo que interesa a la vida cotidiana de la Facultad, pero el Consejo Superior es algo totalmente extraño.

Francisco Naishtat: Hago una última pregunta provocativa, sé que a Patricia no le gusta la prospección, pero hagamos un ejercicio ficcional. Desde 1983 pasaron 22 años de democracia, si nos situamos dentro de 22 años, en 2027, ¿cómo se imaginan que se podría ver la Universidad de Buenos Aires? ¿Dividida en 8 universidades, como le pasó a la Sorbona después del 68? ¿Qué sería esta Universidad?

Pedro Krotsch: No podemos dejar de pensarlo en términos de la nueva configuración de universidades en la que se inserta, y la competencia que hay respecto de la UBA entre todas ellas. A veces en la UBA nos olvidamos de esto, justamente por nuestra dimensión. Yo pienso que hay un debilitamiento, por lo menos académico, y pérdida de centralidad en muchos campo del conocimiento, al menos en las ciencias llamadas blandas. La tensión entre las universidades públicas y las privadas no surgió en la discusión, pero es otro de los factores a tener en cuenta.

Alberto Kornblihtt: Yo estoy de acuerdo en que podría ocurrir en las humanidades y las ciencias sociales, no creo que sea la tendencia en las ciencias exactas y naturales.

Francisco Naishtat: Sin embargo ha habido cierta migración de algunos departamentos de Exactas hacia otras universidades, como el caso de la USAM, que en su carrera de Matemática cuenta con científicos que han emigrado de la UBA.

Alberto Kornblihtt: Las universidades del conurbano no están dentro del ámbito de lo privado. En todo caso me parece que esa migración es saludable, porque en todas las universidades es el deseo de todo graduado, o docente auxiliar, devenir profesor de la propia casa de estudios, y eso es imposible. Entonces está bien que haya mayor movilidad en ese sentido, sin que eso signifique un debilitamiento de la propia institución de la que salen. Yo no sé cómo hacer proyecciones, sí sé qué es lo que quisiera que cambiara para 2027. Yo soy defensor de la universidad masiva, pública, de calidad, con el gobierno con representación de los claustros, pero lo que me duele que no ocurra, y debería ocurrir, es, por un lado, una mayor independencia de los claustros en cuanto a sus pretensiones y objetivos, y que esa independencia sea conjugada con sensación de pertenencia a la institución. Pertenecer a la institución otorga una serie de ventajas, como claustro, como individuo, como profesional, como docente, que deberían ser valoradas. Otra cosa que creo que debería suceder, para poder establecer reformas o cambios, evolución, es una recuperación del respeto. Una palabra que tal vez es conservadora, y que tiene que ver con un pasado.

Pienso que el "todo vale", el relativismo cognitivo, el postmodernismo, la *new age*, el hecho de que cualquier cosa que se diga tiene el mismo valor axiológico, lleva en definitiva a la atomización y a la falta de respeto. Pedro vos preguntabas quiénes son los actores que pueden llevar a cabo la reforma. Los propios actores de la Universidad, pero ¿quiénes? Los más respetados, los mejores, aquellos de quienes se sepa que cuando proponen algo no están buscando su interés personal detrás, sino que están tratando de hacer algo en pos del proyecto de la institución. Y eso es poco frecuente. En cuanto aparece algún individuo así, la apuesta del resto es cuándo va a traicionar esa imagen, cuándo va a demostrar que es un corrupto, cuándo va a no justificar los fondos que no sabe cómo justificar, cuándo va a caerse del pedestal en que lo pusimos. Y esto es un problema subjetivo, de subjetividad, institucional también. Quizás lo sepan, mi hijo es militante en la carrera de Historia, cuando le pregunto, por qué la izquierda está tan dividida, me dice "ah, pero no importa porque después estamos todos unidos en la acción" - ¿Por qué? - Porque vamos todos a la misma manifestación. ¡Pero eso no es unidad! Eso es porque si va cada partido o grupo por separado, la manifestación se convierte en una de diez personas. Nos juntamos en la manifestación para que seamos 5.000. Pero en la realidad lo que predomina es la falta de respeto a las ideas, la falta de respeto a las personas, y la falta de cohesión. Está todo atomizado. Yo no sé si va a ser así dentro de 22 años, esperararía que eso se revierta.

Ariel Gordon: Tomando la idea de Patricia de pensar la evolución de la UBA vinculada a la escena nacional, es tan contingente este país y lo que puede pasar, que me parece difícil pensar en la UBA desligada de nuestros avatares como país. Retomando tu pregunta inicial acerca de las tendencias hacia un cambio de modelo institucional dividido, con la bachelorización, los centros de investigación y los postgrados por un lado y la docencia de grado por otro, me parece que eso, lamentablemente, es una tendencia que va adelante. Estaba en la Ley de Educación Superior y está en las discusiones que hay ahora, no pensando tan lejos a 22 años, está incluso ahora, en algunas de las reformas que este gobierno intenta impulsar, no se está cuestionando ese modelo. Alberto, vos decías que defendías que la UBA mantenga esta identidad vinculada a la docencia y la investigación, me

parece que eso es algo sumamente importante, y que hay que resignificarlo frente a esta avanzada, que a mi juicio representa un riesgo muy fuerte.

Alberto Kornblihtt: Hay cosas que pueden hacerse para evitar esa tendencia que mencionás. Yo no estoy en la Facultad de Filosofía y Letras, pero ahí Luis Alberto Romero da Historia Social General, es una persona que tiene una cierta visibilidad como investigador y que se pone al frente de una materia masiva. Eso, para los que estamos en la Facultad de Ciencias Exactas, independientemente de que coincidamos con su ideología, es simbólico. Indica que no debe disociarse el investigador de CONICET, el profesor titular, que ya tuvo los laureles y es reconocido, de la práctica cotidiana de la enseñanza masiva de grado. Para nosotros no es una norma pero es bastante común. Y tenemos referentes internacionales. En el *Massachusetts Institute of Technology* los grande biólogos moleculares tienen su curso de genética de grado. Los que publican los mejores *papers*, Enrico Fermi, sin ir más lejos, tenía su curso de grado. Entonces somos nosotros mismos los que tenemos que protegernos de esa tendencia. Más allá de que esté o no en la Ley de Educación Superior. Somos nosotros los que tenemos, con nuestra propia convicción y actividad, que revertir toda tendencia hacia eso, hacia el elitismo donde el profesor visita la cátedra el primer día, deja que los alumnos huelan su perfume, y después no aparece más. Eso está mal.

Ariel Gordon: Y la amenaza no es sólo desde afuera, porque volviendo al ejemplo que vos, Alberto, traías, recuerdo los conflictos que se suscitaron en torno a la cátedra de Romero. Y retomando tu idea del respeto, con la que estoy profundamente de acuerdo, parecía que, quien debería estar más considerado, por ser investigador de CONICET, etc., estaba deslegitimado. Desde sectores estudiantiles se impulsó la cátedra paralela, que más allá de que es legítimo y esté en el reglamento, me parece que tiene que ver con cuestiones de otra índole,

Alberto Kornblihtt: Pero ahí lo que están criticando es ideología, no están criticando que es un profesor de CONICET o de CLACSO.

Ariel Gordon: De acuerdo, pero me parece que hace a esto del respeto y de juzgar a la gente no sólo por su ideología sino por sus méritos académicos.

Alberto Kornblihtt: Vos hablás de la cátedra paralela, el desafío de la cátedra paralela es que tenga a alguien de igual calidad científica o académica del mismo nivel, y no alguien que por hacer la cátedra paralela sea demagogo... No es el problema de la cátedra paralela.

Ariel Gordon: Por supuesto, la libertad de cátedra es un principio de la Reforma.

Alberto Kornblihtt: Yo mencioné a Romero, que es un tema que desconozco, pero lo que quería resaltar es que si nos dejáramos llevar por el sálvese quien pueda, la tendencia natural sería que la UBA se bacheloricé: centros de investigación de excelencia, desvinculados de la enseñanza. Por motivos totalmente distintos, el centro de investigación más conocido en biología molecular y bioquímica del país, la Fundación Campomar, que ahora se llama Instituto Leloir, hace pocas semanas decidió dejar de ser Departamento de la Facultad. La razón real es porque se trata de una Fundación privada, sin fines de lucro, y quiere garantizarse el derecho a la admisión. Y si la Fundación es un departamento de la Facultad, tiene que aceptar a cualquier profesor que - con cargo y dedicación exclusiva - pida lugar de trabajo ahí. Como consecuencia de eso, los profesores y docentes de ese ex-Departamento van a seguir haciendo investigación en ese lugar, que queda en Parque Centenario, pero para su docencia van a tener que adscribirse a algún Departamento de la Facultad. Fueron ellos los que lo pidieron, pero esto tiende a que la docencia de gente que está en el mejor nivel pueda ser distribuida en cursos de grado o postgrado. O sea que al revés, hay una tendencia en contra de la bachelorización. Es por un motivo distinto, pero la realidad es esa. Muchos de esos investigadores ya hacen docencia en las carreras de grado, pero se va a incrementar un poco más.

Patricia Funes: Yo suscribiría lo de Alberto, y no puedo imaginarme la Universidad dentro de 20 años desgajada de ese contexto al que vos, Ariel, hacías referencia. Pero también me parece que los actores de la Universidad tienen mucha más energía que lo que la institución permite desplegar. En este momento, esta institución así como está, en lugar de favorecer la producción y la creación, de algún modo la *rallenta*. Eso tiene que ver con ciertas miradas arcaicas, con ciertos miedos de todo puede cambiar para peor, y por una enorme inercia que la UBA tiene que solucionar en algún momento. En términos de sí misma y también en la relación con lo social, con el medio científico, el medio político, el medio social.